

Silvia Madi

Reiniciar el amor

la esfera  de los libros

SÍ, PAPÁ

«Prefiero» – Antílopez

—**D**ime que no he dicho eso en voz alta —suplico. Acabo de llamar papá a mi profesor, nada más y nada menos. Inés está a mi derecha y me mira con los ojos más abiertos que las puertas de Primark en rebajas.

Bueno, lo hace ella y lo hacen el resto de los alumnos del máster. Cuarenta frikis de la Seguridad Informática y el Hacking Ético. ¿Que si podría ser peor? Pues no, porque en esa muestra de población está incluido Rober, mi novio.

Y, cómo no, él: Tristán Acosta. El profesor más perdonavidas de Madrid y probablemente del mundo entero. ¿No podía simplemente ignorar mi comentario? Oh, no, claro que no. Desde el año pasado me ignora cada vez que levanto la mano, pero si le llamo algo bochornoso, la cosa cambia. Y más cuando ese «algo» es papá. Ahí, evidentemente, todo él, con su metro ochenta y muchos, sus obscenos músculos definidos, su pelo castaño, sus mechones perfectamente peinados, sus ojos verdes, el brillo de villano de Disney que hay en ellos y toda su seriedad, tiene que ir a parar directo al centro de la jeta de ridícula que se me acaba de quedar.

—Y vocalizando mejor que en toda tu vida —se ríe mi amiga cuando consigue salir de su coma. No la culpo; ella siempre

ha sido así de espontánea, despreocupada y alegre. De hecho, el primer año de universidad fue ella quien le llamó mamá a una profesora. Pero ella era amable y acabó riéndose con Inés, y Tristán... Bueno, digamos que la amabilidad no es uno de sus talentos.

Me giro a la izquierda, hacia Rober, para que me eche un cable, pero mi novio ha decidido que la mejor idea es enterrar la cabeza en la tierra como un avestruz, y nada más establezco contacto visual con él para que me ayude como sea, da un respingo y se mete en su ordenador.

¿Quién quiere enemigos cuando puede tener un novio como el mío?

—Yo también te quiero... —musito. Pero él ni siquiera se gira hacia mí. Soy patética.

El silencio se hace en el aula nada más Tristán y su voz grave de ultratumba vuelven a hablar:

—Continúe —dice. A mí se me ponen los pelos como escarpas. En primer lugar, porque ni siquiera me acuerdo de qué estaba diciendo (mi cerebro ahora mismo solo recuerda que he hecho el ridículo de mi vida); en segundo, porque esa manía suya de tratarnos de usted cuando nos saca solo siete años... Uf, qué repelús.

—¿Yo? —pregunto.

Me doy cuenta de mi error nada más abrir la boca. Tristán resopla y apoya el culo sobre la mesa, ante lo que yo no pierdo detalle. «Muy bien, Carlota. Llámale papá y después mírale el culo», pienso, pero la voz de mi profesor se alza de nuevo sobre mis pensamientos.

—No, si quiere lo hago yo. Zambrano, es usted la última de la lista, no queda nadie más. —Enarca una ceja, se cruza de brazos y yo siento que me encojo cuando vuelve a resoplar por enésima vez.

»Iba a terminar de contarnos cómo implementar su Trabajo de Fin de Máster... —Suspira con hastío.

—Claro... —musito, y trato de centrarme apartando mi mirada de la suya. El tío da miedo, y lo último que me interesa ahora es parecer Bambi después de que maten a su madre. No, si no quiero que me coma.

—Antes de Nochevieja, si lo ve usted viable —insiste.

Toma castaña. ¿No cree que ya he quedado suficientemente mal? Si mi nota no dependiera en parte de este tío y no me diera el miedo que me da, juro que le diría cuatro cosas.

Meto la cabeza en mi ordenador buscando el hilo de lo que estaba diciendo y tratando de centrarme, pero me resulta imposible. Mis compañeros no dejan de cuchichear y me siento cada vez más idiota.

Estoy completamente bloqueada.

De modo que hago lo único que creo que puedo hacer, por más vergüenza que me dé.

Alzo la mirada mientras ahogo unas lágrimas que se agolpan en mis lacrimales y le miro según niego con la cabeza. Lo reconozco: no puedo. No, cuando las risas de mis compañeros cada vez suenan con más fuerza dentro de mí. Tal vez no sea así y solo me estoy emparanoiando. Tal vez...

No, sí que lo están haciendo. Se están riendo. *Todos* ellos, menos Inés, que ha entendido que mi situación no es como la que vivió ella y ahora me mira con preocupación. Tampoco Rober se ríe. Él se ha refugiado en Minecraft de manera supermadura. «Muy bien, cari». Pero el resto lo hace, y yo siento que el pánico empieza a inundarme.

Pero desaparece de un plumazo cuando Tristán se incorpora y, girándose, entona:

—Se acabó la clase. Pueden irse.

O al menos había desaparecido hasta que, a punto de atravesar las puertas del aula, oigo a mis espaldas:

—Zambrano, usted quédese.

PANIC! AT THE CLASSROOM

«Sé incomprendido» – Morigans

Miro a Inés con pánico. Mientras Rober hacía bomba de humo, ella ha esperado a que recogiera, asumo que intentando hacerme sentir mejor, pero ha sido inútil. Aunque he sofocado con maestría mi ataque de pánico, el ridículo impregna cada poro de mi piel.

—¿Me quedo contigo? —susurra. Sin embargo, como antes, la oigo yo... y el resto del mundo. Tristán incluido.

—He dicho «Zambrano», no «De la Vega» —apunta Tristán detrás de mí.

Niego con gratitud ante Inés. después la empujo fuera del aula y cierro la puerta, apartándola como si me quitara una tirita del tirón. Un «Nos vemos más tarde y te lo cuento todo con detalles» se queda flotando entre las dos.

Cuando me giro, Tristán está apoyado en la mesa otra vez. Lleva unos pantalones azul marino profundo, una camisa blanca remangada hasta los codos y el segundo botón desabrochado. Y me mira más terminante de lo que lo ha hecho jamás. Yo me siento pequeñísima. Llevo unas Converse blancas, unos vaqueros con rotos en las rodillas y una camisa celeste mal metida por dentro de la cintura del pantalón, debajo de un *cardigan* gris.

—Lo lamento —entono directamente, por si así la bronca es más rápida y me puedo escabullir—. No volverá a ocurrir.

Un momento, ¿qué es eso? ¿Por qué sonrío así?

La expresión de su rostro ha dado paso a una sonrisa socarrona que me descoloca. Mientras mira hacia el aula vacía, suelta el aire por la nariz y niega con la cabeza. ¿De verdad va a seguir riéndose de mí?

Sí, de verdad va a seguir haciéndolo.

—¿Puede dejar de reírse de mí? —pregunto firme, pese a todo. Me niego a sentirme más humillada.

Ahora quien se cruza de brazos soy yo. Las lágrimas vuelven a asomar por mis lacrimales, pero en este momento cargan mis ojos azules de rabia, de frustración. He pasado un bochorno de proporciones épicas y el tío se recochinea. Y no pienso tolerarlo más, aunque me exponga a que me suspenda.

Pero Tristán, una vez más, vuelve a la actitud de perdonavidas de antes..., con un matiz: ahora se levanta, da dos pasos hacia mí y queda a escasos milímetros de mi nariz, respirándome. No lo está haciendo con actitud agresiva ni mucho menos; lo que recorre su rostro es más bien intriga. Eso no me lo pone más fácil, pese a todo. Sentir que me escruta hace que me sienta desnuda, y todo el valor que había reunido agoniza.

—¿Se atreve a vacilarme en clase delante de cuarenta alumnos y me pide que yo deje de reírme de usted? Por favor, Zambrano, no me tome por idiota.

Me concentro en volver a respirar según veo cómo un mechón negro se me posa delante de los ojos. Todo el mundo cree que llevar media melena recta con flequillo es facilísimo. Que te peinas superbien, que los mechones nunca se te descolocan y que el liso siempre es exquisito. *Spoiler*: no. Casi no te lo puedes tocar porque se te pone grasa (nivel mecánico en agosto) enseguida y siempre hay algún mechón fuera de lugar. Y ojalá fuera fácil ahora mismo, porque recolocándomelo me siento un poco ridícula.

—Yo no le he... —voy a responder cuando paso de mi pelo, pero está cerca; muy, muy cerca. Extremadamente cerca. Peligrosamente cerca. Si respiro más fuerte de la cuenta, mi pecho y el suyo se chocarán. Y no quiero que me saque de aquí el SAMUR porque me dé un infarto.

Me alejo solo unos centímetros. Sé que es una demostración de sumisión como una catedral, pero ahora mismo no puedo hacer nada más si quiero poder terminar de hablar.

—Yo no le he vacilado —consigo entonar, al fin, mirando al suelo.

—Vaya... ¿Qué sucede, Carlota? ¿En un uno contra uno no es usted tan valiente?

—¿Perdón? —Cuando levanto la mirada de nuevo, veo que vuelve a estar delante de mí. Y no entiendo nada. Ni esa media sonrisa, ni cómo me mira, ni por qué mi nombre en sus labios me pone así de nerviosa.

—Cuando el complejo de Electra se ha apoderado de usted no tenía tanto miedo como ahora.

—¿El complejo de...? —Por Dios, no puede haber dicho eso—. P-porque ha sido sin querer —balbuceo visiblemente descolocada—. No era un vacile.

Un segundo de pesado silencio se instala entre los dos.

—¿No lo era? —Enarca las cejas.

—Claro que no —musito, apartando la mirada otra vez—. ¿Quién en su sano juicio haría algo así?

—Le sorprendería. —Se da media vuelta y se apoya en el escritorio otra vez, pero ahora no sé si estoy hablando con Tristán, con alguien a quien le ha dado una fiebre muy extraña en un momento más extraño aún, o con el *alter ego* casi agradable de mi tutor del máster, porque señala su butaca y me insta a sentarme en ella con una actitud que nada tiene que ver con la de antes. Un cambio radical que tampoco comprendo. Este hombre es muy raro.

Un momento, ¿soy la protagonista de una novela de ciencia ficción que ha viajado a un mundo paralelo sin darse cuenta?

¿He atravesado un portal? ¿Si llamo por teléfono a mi mejor amiga, me lo cogerá la Inés de siempre o será la Inés de este nuevo universo? ¿Cuántas Inés pueden existir en el multiverso? ¿Son todas rubias?

—Por favor, termine de contarme su proyecto —entona y me saca de la chorrada que estaba empezando a pensar.

Sacudo la cabeza y pongo con rapidez el portátil encima de su mesa, pero no me siento. ¿Cómo me voy a sentar ahí?

—Puede sentarse, si quiere —dice enseguida. Cómo no. Encima de repente es un caballero.

—Estoy bien, gracias —entono. Después localizo mi presentación, inclino un poco la pantalla hacia él y empiezo a hablar de corrido—: Como he comentado antes, quiero llevar a cabo una API integrable en aplicaciones de mensajería que rastree el envío de fotografías íntimas y sea capaz de bloquearlas...

Aunque mis compañeros han hecho sus exposiciones en cinco minutos cada uno, yo hablo durante unos quince más. Le comento a Tristán cómo quiero implementarla, en qué lenguaje de programación pretendo hacer las integraciones, con qué *framework*, cómo la distribuiré..., me embalo y se lo cuento todo. Y él, contra todo pronóstico, atiende con interés y asiente según yo hablo.

De acuerdo, quizá decir «contra todo pronóstico» ha sido algo injusto. Conozco a Tristán desde que empecé la carrera. Él hacía unos años que la había terminado y, además de impartir clase, estaba estudiando el máster que estoy cursando yo y otro de profesorado, todo a la vez. Es un genio. Y la Informática le vuelve loco, según he oído por ahí y llevo comprobando este año y el anterior, cuando también me daba alguna que otra asignatura. No es de extrañar que cuando vea un proyecto que le interesa se ponga así.

Espera, ¿el proyecto le interesa?

—¿Qué le... parece? —Me muerdo el labio intrigada, hasta que me doy cuenta del gesto que estoy dibujando y de que él no ha perdido detalle.

Aparto la mirada y cierro la pantalla del portátil para irme con mi bobería a otra parte, pero él lo coge y, como si no le importara lo más mínimo que fuera *mi* ordenador (probablemente no le importe), vuelve a abrirlo y viaja unas diapositivas hacia atrás.

—¿Es consciente de que lo que quiere hacer es prácticamente imposible?

—Lo soy —asiento, resignada.

—Bien. Aquí cojea. —Señala, y empieza a pasar diapositivas—. Y aquí. Y aquí también.

Se me cae el alma a los pies.

Tristán no lo sabe, pero no he escogido este proyecto porque sí, y le he dedicado muchísimas madrugadas solo a la fase de planificación. Que me lo haya tirado por tierra con solo tres movimientos de su índice me destruye por completo.

Algo que, sin embargo, no demostraré. No quiero discutir más con él; ahora al menos no me vacila, está hablando en serio, con algo parecido al respeto.

—A esto vas a tener que darle una vuelta de ciento ochenta grados.

Asiento y atiendo a lo que me dice con el estómago encogido y retirando una lágrima que no me da tiempo a frenar. Por suerte, él no la ve. Continúa ensimismado con mi proyecto. Y yo, en el fondo, agradezco que solo estemos nosotros dos aquí. Si llega a criticarlo así delante de toda la clase, creo que me habría dado algo.

Con todo, cuando pensaba que ya no iba a poder más y tendría que irme por patas de aquí, Tristán se gira hacia mí, cierra la pantalla con cuidado y me tiende el portátil, perdiendo la mirada en algún sitio del aula y volviendo a hablar. Y aun con lo mal que me siento ahora mismo, su tono calmado, ese que no conocía en él, provoca en mí una especie de sosiego que no esperaba en un momento así cuando dice:

—Necesitaremos implementar un par de mejoras, repensar la ejecución y la arquitectura de *software*, pero servirá.

Tardo en volver a respirar tanto como él en girarse. Está hablando más para sí mismo que para mí.

Cuando termina, sin embargo, siento que me quedo sin respiración de nuevo.

—Carlota, tengo algo que proponerle.

I'VE GOT ISSUES, AND YOU'VE GOT THEM TOO

«La canción que no termina»
– Maldita Nerea

—¿**A**Toulouse? —repito por quinta vez. Estaría blanca como la pared si no fuera porque la del aula es de un verde moco horroroso.

Tristán no se ha hecho de rogar. Nada más ha dicho que tenía algo que proponerme, ha tecleado algo en su iPhone tropecientos mil y me ha puesto la pantalla delante.

«CONVENCIÓN EUROPEA PARA PROYECTOS INNOVADORES UNIVERSITARIOS DE SEGURIDAD INFORMÁTICA Y HACKING ÉTICO DE JÓVENES TALENTOS», reza. Tampoco ha tardado en explicarme que nuestra universidad se presenta cada año, con un alumno del máster que estoy cursando yo. Pero eso yo ya lo sé. Lo sé de sobra. Lo sé tan bien como sé que una vez ganamos con un proyecto suyo. Lo que no entiendo es por qué, de todos los proyectos que han presentado mis compañeros, quiere presentar el mío.

Por qué quiere que sea yo quien vaya a Toulouse.

Asiente y me mira.

—Sí. Es en una ciudad distinta cada vez. —Apaga la pantalla del móvil y suspira—. Yo iría con usted. Prepararíamos juntos el proyecto y la acompañaría durante toda la convención.

Vale.

Vale.

VALE.

Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Usted? —Abro mucho los ojos y trago saliva.

—Como mentor.

—¿Por qué?

—Porque es obligatorio... —Bufa—. No puede presentarse sin alguien que haya ido antes.

Sacudo la cabeza, pero me doy cuenta de que no me interesa que crea que me pone histérica e improviso:

—Me refiero a por qué me elige a mí. Hay proyectos brillantes en el aula.

Respiro cada vez con más rapidez. He perdido la noción del tiempo y creo que necesito un apoyo. Todo esto es surrealista.

Tristán fija la mirada en el techo y suspira con lentitud.

—No me interesan los demás proyectos. Me interesa el suyo.

El pánico me invade otra vez.

—Pero ¿me robará la universidad el proyecto? ¿Perderé los derechos de explotación? Tenía pensado contactar con alguna aplicación directamente. Si voy, ¿significa que la universidad se la quedará? ¿O que la distribuirá por su cuenta? ¿O que...?

Voy a continuar, pero no puedo. Tristán se coloca delante de mí y pone ambas manos sobre mis hombros, transmitiéndome una tranquilidad que no esperaba que me fuera a dar jamás alguien como él. Sus ojos ahondan en los míos como un velero seguro de sí se hace al océano una noche de tormenta.

—La universidad no se quedará con nada. El sello de la Politécnica solo va en el proyecto a modo de aval, pero todo eso estará bien atado. A la institución le interesa el prestigio, nada más. Además, las bases son claras, y la explotación final la decide el ganador —explica—. En caso de que elijan su proyecto, firmará el contrato que a usted le interese para llevar a cabo la ejecución de la API, y contará con ayudas para contactar con Telegram, con WhatsApp o con quien considere. Aún hay bas-

tante secretismo en lo que al jurado y las fases se refiere, para salvaguardar la imparcialidad y evitar el tráfico de influencias, supongo. —Se encoge de hombros—. Pero lo que sí puede hacer es ver las empresas lanzadera que hay en la página web y decirlo durante el fin de semana.

Cuando me suelta, por algún motivo, una brisa fría me recorre los hombros, y es una brisa que nada tiene que ver con que estemos en noviembre. Solo... desearía que se hubiera quedado ahí, por algún motivo. Quizá que sea más cercano me ayuda.

Hasta que recuerdo que él nunca, jamás, ha hecho eso.

Un momento. ¿No habrá adoptado esta actitud por interés?

—¿Y usted qué se lleva acompañándome?

—¿Yo? —Enarca una ceja. Yo asiento. Cuando lo ve, tarda unos segundos más en volver a abrir la boca—. No confía en mí, ¿verdad?

¿Qué carajo contesto a eso?

Ahora es él quien sacude la cabeza.

—Está bien, mejor no responda. Yo no me llevo nada, más que una semana pagada en Toulouse. —Se encoge de hombros de nuevo—. A mí me costea el viaje la universidad, tal y como se lo costearon a mi mentor cuando fue conmigo y tal como se lo costearán a usted. Más allá del viaje, al que no iremos si usted no quiere, no me llevo nada. No estaré en el contrato si usted no lo decide, no me involucraré más de la cuenta y le aseguro que, pasado el viaje, no le volveré a mencionar nada de...

Ese «Al que no iremos si usted no quiere» me despierta de sopetón. Por eso le freno, poniendo una palma sobre el aire, en dirección a su rostro.

—¿Si yo no acepto no puede elegir a alguien más?

Se aleja de mí, da una vuelta sobre sí mismo y se repeina hacia atrás, haciendo que mi mirada recorra el sendero que sus dedos trazan sobre su pelo.

—Ya le he dicho que no me interesan los otros proyectos.

—Pero si no se lleva nada... —Quiero saber por qué le interesa, pero cuando resopla y se lleva las manos a la cintura, decido que se acabó mi interrogatorio y dejo de hablar.

Sé que la conversación se ha terminado cuando se gira hacia mí y, clavándome la mirada de nuevo, entona:

—Medítelo y venga a verme el lunes después de clase, ¿de acuerdo? —Me sobrepasa—. Buen fin de semana.

Y yo quiero responder que sí, que lo pensaré y lo buscaré. Que meditaré bien la decisión que estoy a punto de tomar. Que lo consultaré con la almohada y lo hablaré con mi familia, aunque lo último no es verdad.

Pero no hago nada de eso.

En su lugar, un impulso dentro de mí toma el control y hace que le sostenga a la altura del antebrazo antes de que me sobrepase del todo, dejándome aquí. No sé en qué momento he empezado a confiar en Tristán, aunque una parte de mí me dice que en ningún momento dejé de hacerlo. Que sus palabras, por más serias y terminantes que hayan sonado siempre, me parecen sinceras.

Sus ojos chocan con las uñas azules de mis manos y yo me aparto de él con suavidad, avergonzada. No sé de dónde ha sacado él la seguridad para sostenerme así antes, pero no es nada fácil.

—Sí confío en usted —musito con un hilo de voz.

Ladea la cabeza poco a poco, y juraría que media sonrisa quiere dibujarse en sus labios, pero frena cuando entiende que no he terminado de hablar, y yo digo:

—En quien no confío es en mí misma.

Ahora sí, su comisura se alza y una sonrisa más dulce de lo que esperaba se asoma. Acto seguido sus ojos se achinan, yendo a parar a los míos de nuevo.

—Eso déjemelo a mí.

Trago saliva, asiento y me cuelgo el portátil del hombro. Un instante después, Tristán abre la puerta del aula y me invita a salir por delante de él.

Cuando me giro para despedirme, sin embargo, ya no está.

TIERRA, TRÁGAME Y ESCÚPEME EN IKEA

«Miss Honolulu» – Carlos Sadness

—¿¡Q^{UÉÉÉÉÉÉ!}? —Cierra un poco los ojos, se te van a salir de las órbitas y no quiero llamar más la atención.

He venido directa a la cantina al ver el mensaje de Telegram de Inés.

—¡Qué fuerte! ¿Es en serio? —Sus ojos azules y su pelo rubio, liso y con esos tirabuzones en las puntas se acercan tanto a mí que creo que me va a comer.

—Como te he respondido las últimas cinco veces: sí.

—¿Y ya has dicho que vas a ir? —se apresura a preguntar.

—A ver, no he dicho «Voy a ir», pero es como si lo hubiera dicho. Le he dicho que confiaba en él. Y entonces él me ha soltado el frasón: «Eso déjeme a mí» —repito, imitando su voz grave.

Me va a dar algo solo de contarlo.

—¿Estamos hablando del mismo profe borde que te ha dicho que hablaras antes de Nochevieja?

Meto la cara entre mis manos y resoplo.

—Joder, no lo sé ni yo... —Miro a Inés separando un poco mis dedos—. Si te cuento algo, ¿me creerás?

—Mientras no intentes desmentir que es un borde de remate... —Sonríe.

Hundo más la cara entre mis manos y me apoyo en la mesa. Entonces, musito:

—Eso es precisamente lo que iba a hacer. Me he sentido... Yo qué sé. Me he sentido bien. Me ha tratado de maravilla en cuanto ha sabido que no le estaba vacilando.

Inés frunce el ceño.

—Espera, ¿pensaba que le estabas vacilando? Si es evidente que ha sido un patinazo garrafal.

Me encojo de hombros otra vez mientras me incorporo un poco. Inés me roba la Coca-Cola que había pedido y le da un sorbo.

—Para él no.

—Menudo cliché. El genio incomprendido que no comprende a los demás —se ríe por lo bajini—. Por lo menos está bueno.

—Joder, tía.

—¿Qué? Tengo ojos en la cara. ¿Me vas a decir que no está como para mojar pan?

—Inés, que tengo novio —la riño.

—¿Y? No te estoy diciendo que te lo tires, tronca. Te estoy diciendo que está bueno, sin más. Y que su culo en vaqueros tiene que ser una obra de arte. Y no te digo en chándal. Y que tiene cinco polvos seguidos. O veinticuatro. Uno por cada hora del día.

No sé si me da más rabia lo roja que me pongo, no poder contestarle porque Rober acaba de entrar en la cantina o estar de acuerdo con ella.

—Dejemos el tema. Viene el rey de Roma —corto.

—¿El del culo bonito? —Se gira de súbito, buscando a Tristán con la mirada de una manera muy poco disimulada.

—No. El de la técnica del avestruz.

* * *

—No te encontraba por ninguna parte. —Me da un beso en la coronilla nada más llegar. Yo intercambio una mirada con Inés, que le mira de arriba abajo, ladeando la cabeza con los labios muy apretados y una ceja alzada.

—Pero si te has ido corriendo nada más Tristán nos ha dado vía libre —entono.

—Tenía que ir al... baño —improvisa Rober.

—¿A meter la cabeza dentro del váter? —pregunta mi amiga.

—¡Tía! —intercedo.

—Yo también te quiero, Inés —añade Rober, y se sienta a mi lado.

—Yo a ti no, Roberto, me caes peor que un dolor de muelas. —Sonríe con falsedad hasta que ve cómo mi novio me da la mano. Cuando lo hace, una mueca de asco recorre su rostro y simula una arcada.

Creo conveniente matizar que cuando he dicho que Inés es espontánea, despreocupada y alegre, me refería a que lo es conmigo. Con el resto del mundo solo es espontánea y despreocupada. Y con Rober es más borde que el canto de una mesa. Pero ahora mismo no le falta razón: no es la primera vez que Roberto me deja tirada y no saca la cara por mí. Y ese tipo de cosas a las novias a veces se nos olvidan, pero a las mejores amigas y a las madres *jamás*. Sobre todo si, como yo en alguna ocasión, has acabado llorando hecha un ovillo en una esquina de tu habitación por su culpa. Pero eso es una historia para contar en otro momento.

—¿Se puede saber por qué me odias tanto? —pregunta él.

—¿Se puede saber por qué no has intervenido cuando Carlota ha quedado en evidencia delante de todo el mundo?

—¿Y qué pretendías que hiciera, De la Vega? —Rober alza una ceja. Se ha separado de mí nada más Inés ha mencionado el incidente de clase. Yo, a mi vez, le frunzo a él el ceño. No entiendo por qué se aparta así, pero no hacía falta ser tan borde.

—¡Lo que fuera! Decir que es un juego sexual vuestro y que te lo estaba llamando a ti, o llamarle tú algo aún más bochornoso, ¿qué sé yo?

—Claro, ¿qué mejor que elevar el ridículo a su máximo exponente? —Niega con la cabeza y se ríe, sarcástico.

—¡Al menos podrías no haberte puesto a jugar a Minecraft y hacer como quien oye llover! ¡Es tu novia, capullo! —le reprocha ella.

Aparto la mirada, pero lo que encuentro ahora no es mejor.

La cantina al completo está atenta a la discusión entre Rober e Inés.

Y la cantina al completo, por algún motivo, incluye a Tristán Acosta.

Tierra, trágame y escúpeme en Ikea para que me pierda.

TEORÍA DE CAUSALIDAD Y CUERDAS

«Un día de mierda» – Sidonie

Si hubiera un concurso de gente que hace cosas que no tienen sentido, yo hoy me llevaría el primer premio y el accésit de Innovación. El primero, por la escenita en el aula; el segundo, por salir corriendo tras Tristán sin pensármelo cuando he visto que abandonaba la cantina.

Para colmo, dentro sonaba «Un día de mierda», de Sidonie, y según corro hacia mi tutor, que se dispone a sentarse en una de las mesas de fuera (la más apartada, cómo no), no puedo sacarme la canción de la cabeza, cómo me representa y lo tremendamente absurdo que es todo esto.

Pero no lo he podido evitar.

Cuando he visto cómo me apartaba la mirada y se iba de allí, he sabido que todo esto no estaba bien. Que a nadie, por más perdonavidas y borde que sea, por más másteres que tenga y por más genio que se le considere, le gusta que hablen de él a voz en grito en medio de una cantina abarrotada. Menos aún cuando son sus alumnos los que lo hacen.

—Hola —grazno al tiempo que trato de recuperar mi respiración. Me peino los mechones del flequillo y me apoyo sobre mis rodillas.

Tristán acababa de dar un mordisco a su sándwich cuando he aparecido, pero ahora lo ha dejado sobre una servilleta y me mira, esperando a que diga algo. Por supuesto, no me devuelve el saludo.

Pero estoy nerviosa y no es tan fácil, así que me apoyo en la silla y tomo aire hondo antes de decir:

—Pensaba que iba a comer a su casa.

Me arrepiento de mi intervención nada más veo cómo me mira. Dios, es mortificante.

—Y yo pensaba que dónde como no es asunto suyo, pero ya ve —responde. El zasca se oye hasta en el Manzanares.

Me quedo sin habla tan pronto como le oigo. De acuerdo, Tristán siempre ha sido así en clase, pero después de lo de hoy...

—Solo pretendía...

—¿Qué quiere, Zambrano?

Algo explota dentro de mí cuando, aparte del corte que me pega, vuelve a llamarme por mi apellido con esa indiferencia, especialmente después de oír cómo antes me llamaba por mi nombre y dejaba de ser un capullo arrogante. Y no puedo más. Primero mi patinazo; a continuación, la escena casi agradable del aula que no entiendo para nada y ahora tampoco quiero entender; después, cómo mi novio ha hecho bomba de humo; luego, la discusión que ha tenido con mi mejor amiga; y ahora mi profesor volviendo a ser un gilipollas conmigo. Todo el mismo día.

—¿Se puede saber qué le pasa? —exploto—. Solo venía a pedirle disculpas. No hace falta que me hable en ese tonito condescendiente y engreído cada vez.

Alza ambas cejas.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué venía a disculparse, exactamente?

—Se recuesta sobre su silla y se cruza de brazos mientras achina los ojos.

—¿Eso es todo lo que va a responder de *todo* lo que le he dicho? ¿La parte del tonito condescendiente y engreído la va a ignorar? —digo exasperada.

—¿Va a dejar de responder a todas mis preguntas con más preguntas?

—¡Argh! ¡No lo sé! —Separo la silla y me siento, sabiendo que me he arrepentido de todo esto mucho antes de empezar. Pero ya no puedo parar. Si me tengo que pasar el resto de mi vida rebuscando en la basura (en la de Inés, que es mi mejor amiga, me tendrá que acoger al menos en un cartón de la cocina), que así sea.

El problema es que me callo unos segundos para intentar ordenar mis ideas... y él usa mi silencio a su favor.

—Eso está mejor.

—Dios mío, dame paciencia... —musito mirando hacia la mesa y tratando de controlar el aire que entra y sale de mis pulmones como un matasuegras.

—Dios no existe, Zambrano, sea pragmática.

Encima me vacila.

—Pragmático sería irme de aquí —gruño, a punto de separar la silla de nuevo y abrirme.

—Hágalo, entonces. Adelante —zanja con indiferencia.

Pese a todo, cuando alzo la mirada, harta de todo esto, me encuentro con algo que no esperaba.

Tristán vuelve a tener esa media sonrisa sobre la comisura y me mira con sorna.

—Le divierte muchísimo reírse de mí, ¿verdad? —respiro con pesadez.

—Me divierte lo roja que se pone cuando está al límite.

Y... No. Eso no lo he visto venir.

Lo dice en un tono tan convencido que no puedo sino callarme para ver si asimilo todo esto un poco mejor. No entiendo su actitud, los cambios que tiene ni las expresiones que pone. No entiendo nada de él.

Nada, nada, nada.

Y, aun así, no me voy.

Necesito entenderlo.

—¿Puedo preguntar por qué? —pregunto.

—No sabía que necesitara un motivo para hacerlo.

Suspiro cansada, pero después me sobreviene una idea: yo también sé jugar a esto.

—¿Conoce usted la Teoría de Causalidad? —pregunto, y sé que me he pasado tres pueblos, pero mi madrileña chula interior va cuesta abajo y sin frenos.

Solo espero no estamparme.

—¿Se está quedando conmigo? —Enarca una ceja, serio de repente.

—Es solo una pregunta. —Ahora soy yo quien se encoge de hombros. Me apunto un tanto.

—Ya. —Coge su sándwich y lo examina. Si va a comer delante de mí es que está muy, pero que muy seguro de sí mismo. Yo no sería capaz. Me daría pánico que oyera el ruido de mis dientes mordisqueando el pan—. Una pregunta que me encajaría si usted y yo no fuéramos ingenieros. —Su mirada se clava en mis ojos con tanta vehemencia que creo que voy a llorar sangre, aunque consigo mantenerme firme—. Pero lo somos. Y la Teoría de Causalidad se estudia en primero de carrera.

Cuando le da el primer mordisco delante de mí a su sándwich, ataco:

—Entonces sabrá que no tiene por qué haber un motivo para querer ponerme al límite, pero sí una causa. Es usted quien pretende causar este efecto en mí, al fin y al cabo. Es usted quien quiere llevarme al límite. ¿Por qué me quiere llevar al límite?

Casi se atraganta. Y entonces, solo entonces, me doy cuenta del doble sentido de la frase.

—Zambrano, no me apriete las tuercas...

Ahogo un chillido en mi garganta. Un «No me apriete las tuercas» dicho así es un «No me toque los cojones» de manual.

—Solo preguntaba. —Me encojo de hombros cuando he contado hasta diez mentalmente para calmarme. Tengo que reco-

nocer que, a pesar de que sigo sin entender nada y en cuestión de horas he querido gritarle, llorar delante de él, abrazarle, perseguirle hasta alcanzarle y hacer que se trague el sándwich entero, todo este tira y afloja me causa mucho interés.

No debería, teniendo en cuenta que es mi tutor y que me ha pedido (en una actitud muy poco habitual en él) que le acompañe a Toulouse porque confía en mí, pero eso no hace sino aumentar el interés que me da todo esto.

—¿Conoce usted la Teoría de Cuerdas? —Deja el sándwich sobre la servilleta y se inclina sobre la mesa, muy cerca de mí. Yo asiento con rapidez. Me pone histérica notar su respiración aquí.

Y me apartaría, pero, con una sutileza que me desmonta, sin que nadie más lo note, me sostiene por el codo y, en lo que a mí me parece una caricia (digo «me parece» porque no puede serlo, es imposible) susurra:

—Pues deje de tensar la mía, Carlota.

BOOM

«Y se fue» – La Pegatina

Tristán y yo permanecemos mirándonos a los ojos sin decir nada durante cerca de dos minutos, aunque a mí me parecen treinta y cuatro horas seguidas. No sé qué se le estará pasando a él por la cabeza, pero a mí me taladra las ideas el hecho de que todo pueda cambiar tantísimo en un solo día, y todo a raíz de una sola palabra.

Solo paramos porque alguien más rompe el silencio.

—Carlota, mi vida, ¿podemos hablar?

Cuando oímos cómo Rober se acerca a mí, Tristán separa sus dedos de mi codo. Como en el aula, siento que una brisa helada me zarandea; por cómo se aparta, y por cómo analizo las diferencias entre el tono de voz de Tristán y el de mi novio al llamarme por mi nombre. Causan dos efectos en mí radicalmente distintos.

Por suerte, el tono de Rober también me devuelve a la realidad. De acuerdo, no ha actuado como tocaba; ni siquiera me ha puesto una excusa cutre por haber escapado cobardemente cuando la clase ha acabado, pero sé el miedo (él dice que es respeto, pero no es verdad) que le tiene a Tristán, y eso hace que yo, a mi vez, recuerde que estoy hablando con quien me va a poner parte de la nota a final de curso.

—Hola, Rueda —entona Tristán con seguridad.

—Buenas tardes. —Sonríe con los labios apretados y le mira solo durante medio instante. Después vuelve a mis ojos—. ¿Puedes?

—Ah, eh..., claro. —Miro a Tristán una última vez y me levanto, sabiendo que hay demasiadas preguntas por responder.

Antes de que me despida y me aleje, sin embargo, nuestro profesor dice:

—Zambrano, como le he dicho, no olvide introducir la Teoría de Causalidad dentro del marco conceptual del trabajo. Lo vemos el lunes.

—¿La Teoría de...? —voy a preguntar, pero me callo nada más veo cómo Tristán, que se ha puesto detrás de Rober y se dispone a irse, me guiña un ojo con una seriedad funeraria. Entonces no necesito un máster para entender que me está echando un capote. He salido corriendo tras él y he dejado a mi novio y mi mejor amiga dentro; además, nadie excepto ella sabe lo de Toulouse. Tengo que ser discreta o pensarán que todo esto va más allá de lo profesional—. Claro, sí, lo haré.

En ese momento, un «Sí, papá...» corta el aire y se deja oír desde dentro de la cantina. Rober y yo nos giramos enseguida para ver de quién se trata, pero hay varias personas agolpadas en la puerta, cotilleando y lanzando risitas absurdas.

Cuando miro de reojo hacia donde estaba Tristán, ha desaparecido.

Otra vez.